

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NUMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño,
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

Momentos supremos.

Se despeja la situación. El gobierno de los Estados Unidos se decide al fin á mostrarnos á las claras sus propósitos. Mejor, porque la broma iba ya resultando demasiado pesada.

Los norteamericanos quieren, á toda costa, la guerra con España. Aspiran á la posesión de la gran Antilla, y no cejarán hasta hacerla suya.

La idea de la conquista de Cuba constituye en ellos una verdadera obsesión. ¡Deseos bestiales de macho en celo!

Para obligarnos á la guerra no habrá perfidia que no pongan en juego. Nos han hecho responsables de la voladura del *Maine*, nos han acusado de dejar morir de hambre á los campesinos cubanos...

Ahora falta saber si el gobierno español está dispuesto á sufrir esas injurias, á soportar todas esas afrentas.

No somos partidarios de la guerra—¡harta sangre nos han costado ya las de Cuba y Filipinas!—pero creemos que la dignidad de la patria, que la honra de la nación, están sobre todo.

La actitud de los Estados Unidos no puede ser más francamente hostil para España. Nos arrojan el guante. ¿Lo recogeremos? No es posible, en estos momentos de incertidumbre y de duda, saber qué resoluciones adoptará nuestro gobierno.

Pero no olvide el Sr. Sagasta que el pueblo español no es de aquellos que soportan mansamente la injuria y se resignan al deshonor.

CONTENTOS Y ALEGRÍAS
DE SANCHO

Digo, señor Don Quijote, que debemos frotarnos las manos de gusto, al ver con qué vigor y con cuánto entusiasmo ha despertado España al llamamiento que le ha hecho la prensa; la aristocracia de la sangre, la del dinero, los pobres y los ignorantes, así como los sabios y los ricos; todos los ciudadanos han demostrado una vez más cuán prestamente están dispuestos á sacrificarse por la patria, á dar por ella su sangre y su dinero. ¡Viva España!

—¡Viva!

—Lo que yo siento, lo que yo siento es que ya soy viejo y pobre. No valgo ni para matar á un mosquito, ni tengo un chavo para mandar cantar á un ciego. ¡Tuviera yo la sangre que allá en mis mocedades me corría por las venas, y siquiera un puñado de ochavitos, y no habría sido el último este hijo de mi padre en probar lo que vale un manchego de ley. Ahora cogería yo á Maquin-lila y le metería en el teatro Real, y le deslumbraría con sólo hacerle ver las hermosas damas que allí habrá esta noche. ¿Ves, bobalicon?—le diría—Esas divinas criaturas tienen un corazón aun más hermoso que el rostro; ¡figúrate, gran pachá de los yankees, le diría, figúrate qué no harán los españoles por su honor! pues aunque fuesen insensibles ó rechazaran por egoísmo los impulsos de la conciencia, aunque ya por naturaleza y por temperamento no fuesen, como es sabido que son, puntillosos y fieros en las cuestiones de honra; y, en fin, aunque los glo-

riosos recuerdos de su brillantísima historia no les obligasen á luchar y á morir en defensa de su patria, ¿no bastaría á hacerlos heroicos la voluntad de estas mujeres por su belleza incomparables y por sus virtudes celestiales?

Aquí se cree, aquí se ama, aquí es gozo la muerte cuando se trata de mantener fidelidad á lo noble y á lo grande, señor mister Maquin-tal.

Mira, Maquin-lila, di á tu gente que no se meta en belenes con los españoles; son muy tercios, y no sé yo qué vale más en el mundo, si el poder ó el querer; si la fuerza para acometer ó la resistencia para sufrir; si la audacia ó la constancia, si la codicia ó la vergüenza!

—¿Dirías tú eso al norte-americano?

—Así y como vuesa merced lo oye.

—¿Piensas tú que él te entendería?

—Creo que hablo bien claro.

—No, no sólo porque él no entienda el español, sino porque aunque lo hablara como el mismo D. Miguel de Cervantes Saavedra, nuestro padre, pues del portentoso genio de su cerebro nacimos tú y yo, Sancho amigo, aunque fuese más docto en decir que el insigne Valdés, famosísimo autor del «Diálogo de las lenguas», ó conociese más caudal de palabras que el gran Quedo, no te entendería, Sancho, pues lo que tú dices es cosa que no está al alcance de su alma; él como sus compatriotas no ve más ideal que el del negocio, y ni tú, Sancho, á pesar de la fama que tienes de socarronazo é interesado, ni tú mismo puedes figurarte hasta donde llegan ellos, los yankees; en este punto son de primera calidad en cuanto á astucia y egoísmo.

—Mire, señor, que yo no me mamo el dedo, mire que el hijo de mi madre, sabe, desde hace mucho tiempo, dónde le aprieta el zapato, mire que allá en la Insula de mi gobierno quisieron pegármela y se llevaron chasco.

—No hables más, Sancho; bien sé que es mucha verdad cuanto dices... á ti no te pudieron burlar ni el tanton del sastre de las caparuzas, ni el astuto desflorador de la doncella. Pero, dime ¿no hacías tú justicia por el íntimo é incomparable placer que sentías al cumplir con lo que á tu alma inspiraba una de las más hermosas virtudes? ¿Lo hacías acaso por negocio?

—Buen negocio te dé Dios, el mío precuerde vuesa merced el hambre que en aquella maldecida Insula me hicieron pasar Pedro Recio y toda aquella guasona gentecilla!

—¡Españoles interesados, españoles que vendan su decoro por un plato de lentejas, serán imbéciles afrancesados ó germanomaniacos, pero no españoles! Ahora lo que importa, Sancho amigo, hijo mío, lo que importa, es que todos me oigan, quiero hablar.

—¿Va vuesa merced á dirigirse al pueblo?

—Sí, Sancho; siento el deseo de pronunciar una de aquellas arengas guerreras que yo solía decir en otros tiempos.

—Hable vuesa merced que ya le escucho.

—Tú si me escuchas, pero no veo quién más.

—Pues no vé vuesa merced, tan ciego está, no ve los muchos lectores que vuesa merced tiene en nuestro periódico, pues cuando éstos no le oigan lo verán, y para el caso es lo mismo, y antes me pienso que es mejor, porque las palabras habladas llévaselas el vien-

to y la palabra impresa queda, y el que lo lee hácese cargo más detenidamente de lo que por ella se dice.

Razón tienes, Sancho, ¡pero tan hecho estoy á dejar que mi bronca y poderosa voz resuene en la cumbre, en lo abrupto de los montes... y ante los enemigos ejércitos, así como para desafiar á invisibles encantadores, tan hecho estoy, repito, á hablar en alta y tremebunda voz... que oyeme... lo que yo diría si aquí todos los españoles me escucharan!

—Hable á todo su gusto, amo mío, que no pensarán los vecinos, por las voces que oigan, no pensarán sino que, como ellos, estamos locos de contentos al ver cuán fácil, serena, pujante y majestuosamente ha despertado Madrid contra el extranjero...

—Diría, pues: Españoles... Todo está bien, y todo de vosotros raza brava y altiva lo esperaba... porque como si plomo derretido tuviera en las venas, así me hierve en ellas la sangre... y el corazón late con fuerza y pienso que, si como es mi entraña jugosa y carnosa, fuera de metal con la fuerza que digo se agita, ya hubiera saltado como un proyectil... bien está, repito, vuestro entusiasmo... pero ¿por qué ha de ser siempre brusco y repentino? ¿por qué no ha de ser constante? porque el mismo coraje, la fiera misma de que ahora dais pruebas tan admirables, no las empleáis para que desde hoy en adelante empiece nuestra regeneración... Nos instruyamos, nos enriquezcamos con nuestro trabajo... y no sólo nos hallemos dispuestos, como en este momento á resistir á nuestros enemigos, sino á recuperar nuestro poderío... y á dominar el mundo... para que no se lo coman... los cerdos.

¡Animo, pues... no desmayemos, compatriotas míos!

LA MÁS NEGRA

¡A temblar, fortalezas y ciudades!
Soy la antigua y tremenda catapulta.
Las murallas que al tiempo desafían,
con fragor á mis golpes se derrumban.

—Necia, ¿quieres callar? Yo soy la pólvora,
destructora feroz, aunque menuda.
Soy la muerte deshecha en negro polvo,
invención infernal, como frailuna.

—Yo soy la dinamita, la sustancia
de explosión más terrible y más segura;
comprimida en los senos de los montes,
yo convierto las sierras en llanuras.

—¡Boca abajo las tres, porque yo sola
destruyo mucho más que las tres juntas!
Soy hija del despecho y de la envidia,
y si queréis mi nombre, la calumnia.

LO DEL «MAINE»

—Con los yankees, cómo estamos?
—Amigo, ¿no sabe usted
lo que están diciendo?

—¿Qué?

Que el *Maine* á pique lo echamos.

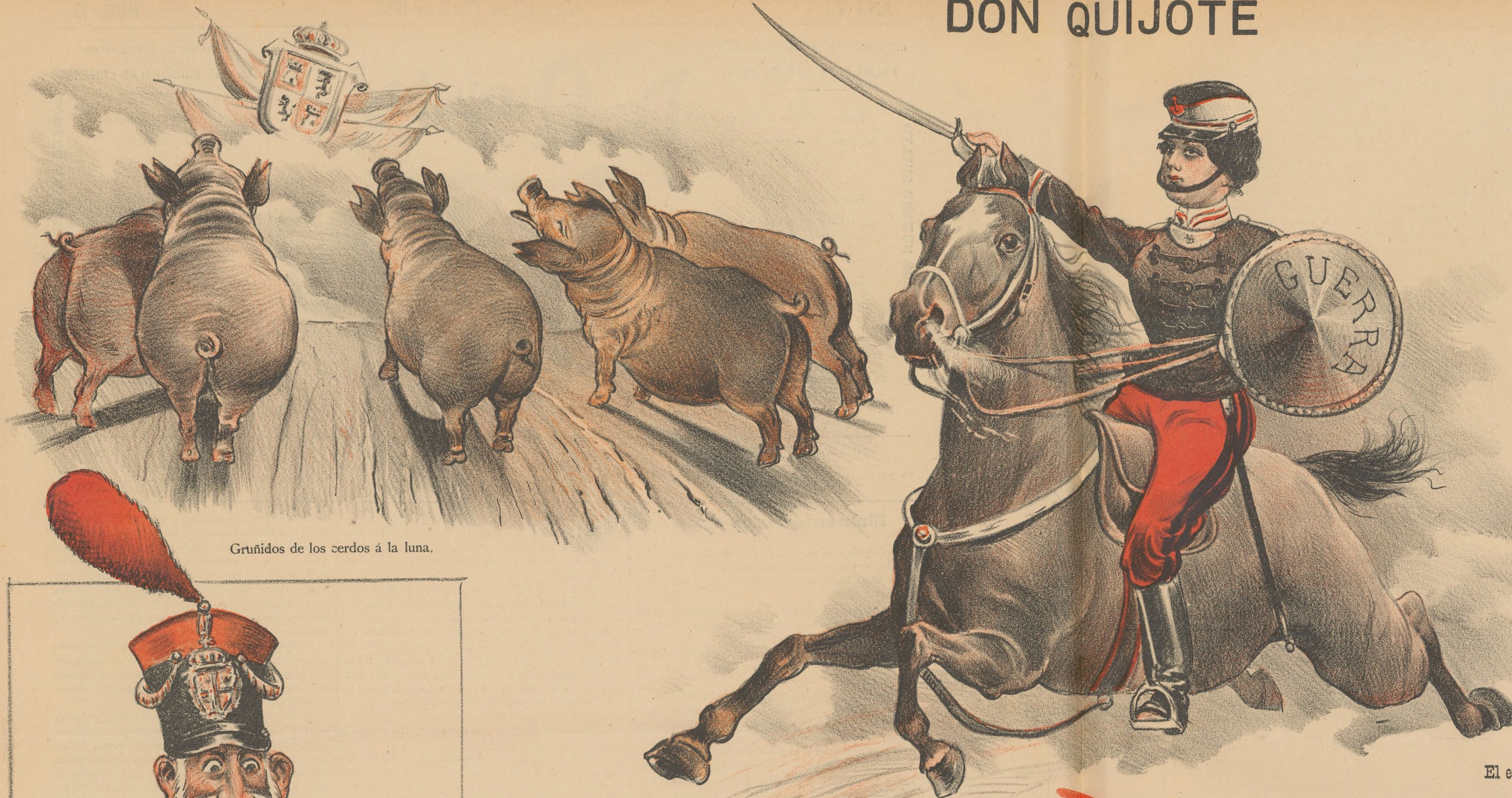
—¿Hay quien eso justifique?

—Calumniándonos están.

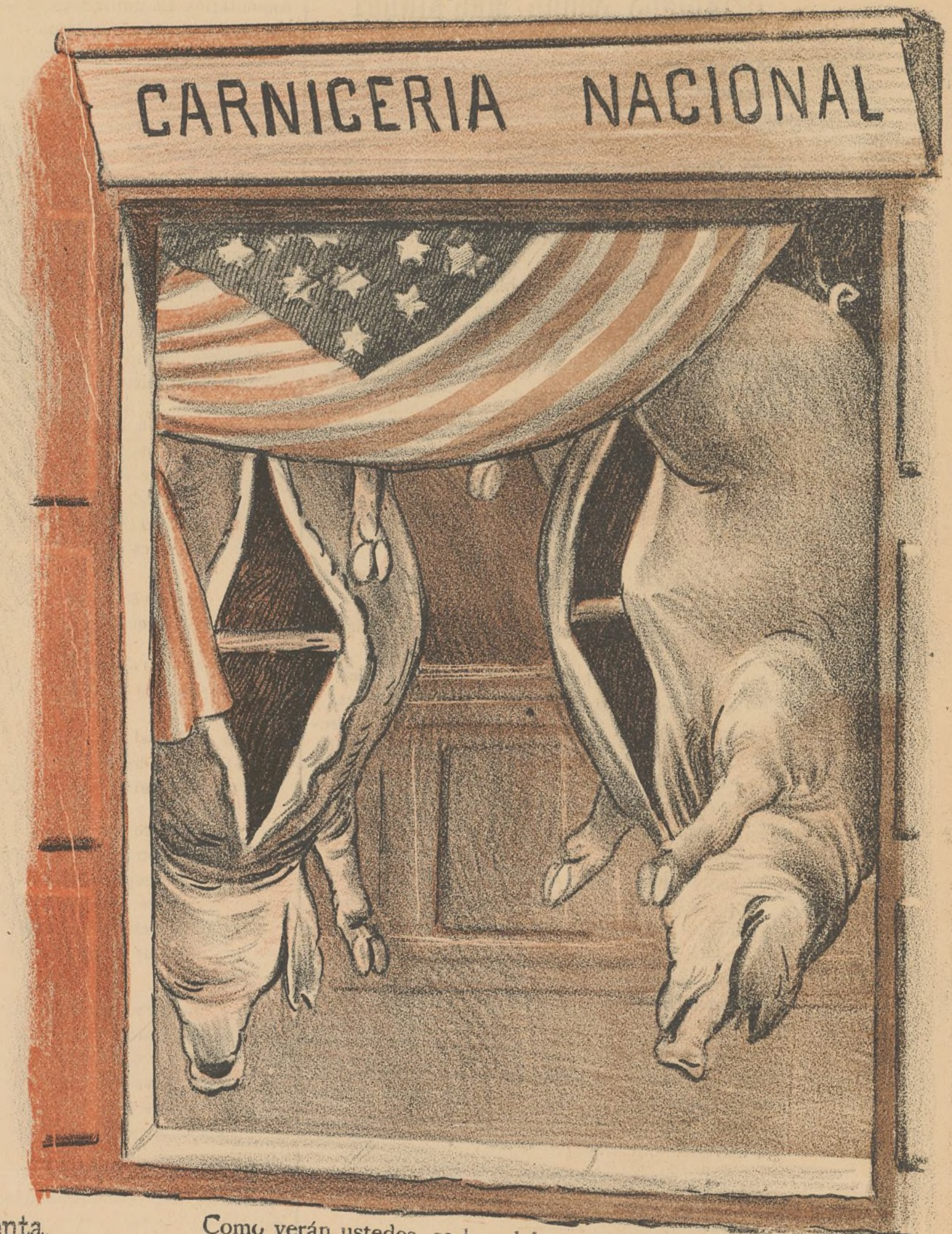
—Cuando haya guerra... sabrán
cómo se echa un buque á pique.

VICENTE RUBIO.

DON QUIJOTE



Grúñidos de los cerdos á la luna.



El enano de la venta.

Como verán ustedes, se ha adelantado la época de la matanza.



D. Práxedes se decide al fin á ponerse el morrión.



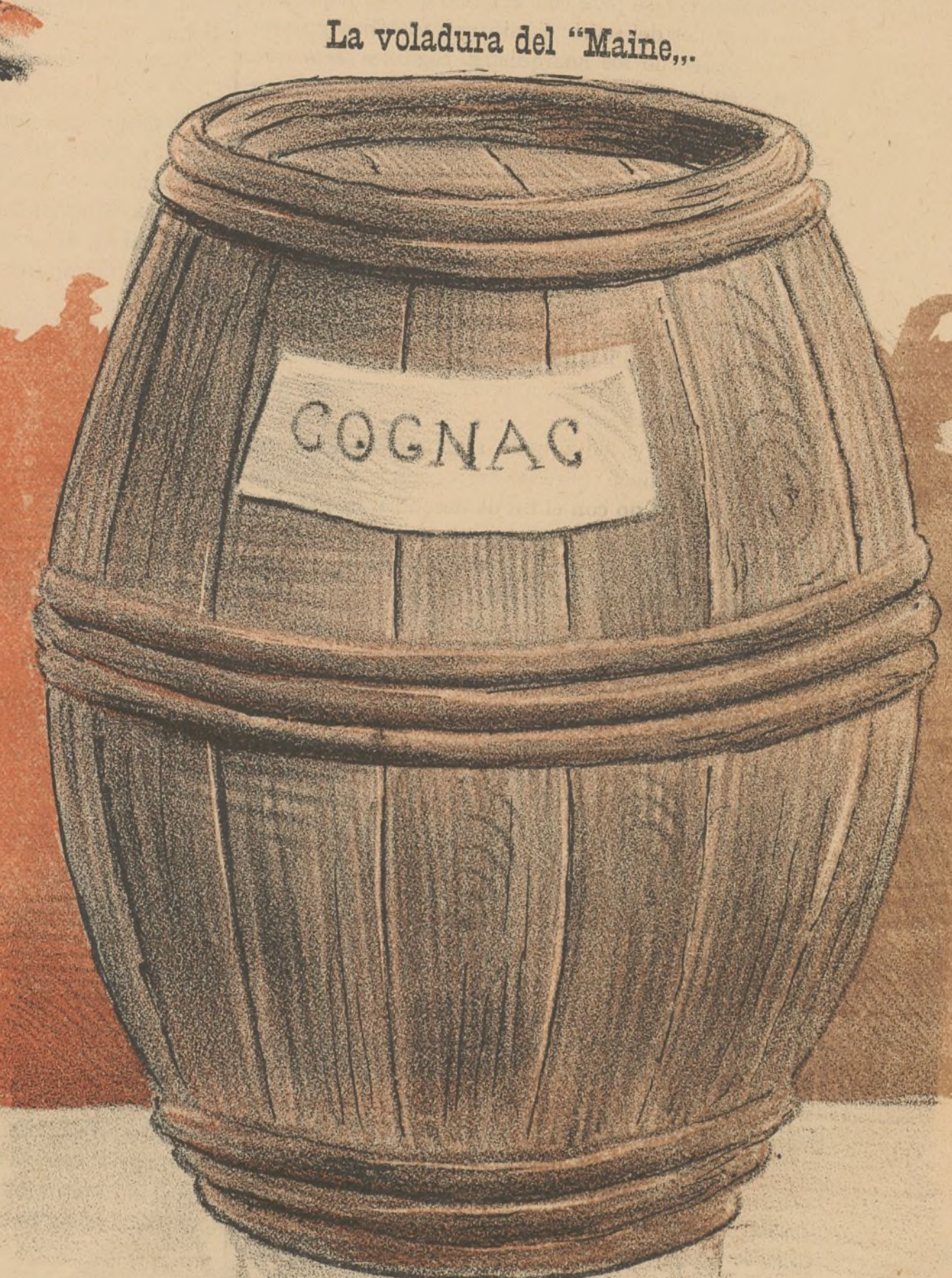
¡Tomen ustedes indemnización!



Para lo que sirven ciertos papeles.



¡Que bajo!



La mina causante de la explosión exterior.

Ayuntamiento de Madrid

OPINIONES SOBRE MAC-KINLEY

¡Extraño sér! Suponeos una doble naturaleza en la animalidad, un cerdo que á la vez fuese una zorra: he ahí Mac Kinley.—*Salmerón.*

A los norteamericanos podemos dividirlos en dos clases: comerciantes... y comerciantes. Pues bien, Mac-Kinley pertenece á una de estas dos clases.—*Romero Robledo.*

¡Ese hombre es un Monroe prolongado!—*Conde de Xiquena.*

Abismase mi pensamiento, ¡ahl, en dudas intensas é inconmensurables. ¿Será Mac Kinley un César, un Hernán Cortés, un Padre Mariana, un Felipe II, un Nerón, un Homero, un Ticiano, un Bellini, un Dante ó un Napoleón III? Decidme, ¡ah, porque yo no lo sé, qué significación tendrá en la historia ese hombre!—*Castelar.*

¿Mac-Kinley? ¡Caramba, me suena ese nombre.—*Sagasta.*

¡Phs! Pues un yankee, y con eso está dicho todo.—*Capdepón.*

El Gamazo norteamericano.—*Aguilera.*

Pienso de Mac-Kinley precisamente lo contrario de lo que pensaba de él Cánovas.—*Silvela.*

¡Un Bruto! (No sé si con mayúscula ó minúscula).—*Romanones.*

¡Vaya usted á saber lo que será ese hombre.—*Gullón.*

Un Woodford multiplicado por Lee.—*Pablo Cruz.*

No hay en la vida efecto sin causa ni causa sin efecto. Angiolillo mató á Cánovas para que Silvela heredara la jefatura del partido conservador. Mac-Kinley acaso haya sido criado por Dios para que dé al traste con la situación liberal y vuelva yo á ser Presidente del Congreso.—*Pidal.*

Yo sólo sé decir: ¡quién fuera Mac-Kinley!—*Gamazo.*

Yo pienso de Mac-Kinley lo que piensa de él D. Segismundo.—*Puigcerver.*

Y yo.—*Bermejo.*

España se juega la última carta, y el presidente de los Estados Unidos es... ¡la contraria en puerta!—*Sardal.*

El secreto de Estado... La diplomacia... Las buenas formas... La discreción indispensable en todo hombre de gobierno... En una palabra, que no me atrevo á decir —¡ni aun á mis taquígrafos!—lo que pienso de nuestro «leal amigo».—*Moret.*

LAS MANIFESTACIONES

Grande es nuestra satisfacción al ver que en Madrid y en provincias se pide con empeño que se supriman las redenciones del servicio militar á metálico y se revise el proceso de los anarquistas. Significa esto que hay aún en la nación el sentimiento de la igualdad y la justicia, cosa que habíamos empezado á poner en duda viendo lo abatidos que estaban en todas partes los ánimos y lo general que era el silencio aun cuando se cometían los mayores desafueros.

De lo que ahora dudamos es del éxito de esas manifestaciones, con ser tan repetidas y numerosas. El Gobierno, en nuestra opinión, está decidido á no tomarlas en cuenta y dejar las cosas como están, á pesar de reconocer cuán injusto es el privilegio de las redenciones y cuán inhumano tener en presidio á hombres que ningún delito cometieron.

¿Se habla aquí ya de aquella anómala investigación judicial que se abrió sobre los tormentos? Se la abrió indudablemente, no con el fin de descubrirlos ni saber quiénes los aplicaron, sino con el de hallar motivos para decir falsas y sin fundamento las denuncias. Se vió que se aducía y se proponían pruebas que los demostraban, y se dió de mano á las investigaciones.

Como que el Gobierno las teme. ¿Ignora acaso las amenazas del jefe de los verdugos? Grandes revelaciones ha prometido hacer si se le prende ó se le procesa; y grandes entendemos nosotros que puede hacerlas, que no hay quien de la cabeza nos quite que personas que ocupan ó ocuparon altos puestos le autorizaron á que sajara y cortara por donde mejor le pareciera. Él, hombre sin corazón y sin conciencia, con sangre de Arbués en sus entrañas, fué gozando en los sufrimientos de sus víctimas, y llevó tal vez las torturas más allá de lo que la autorización le permitía; pero que la tuvo, ¿cómo ponerlo en duda?

Lo raro es que tema esas revelaciones el actual Gobierno, cuando de hacérselas, no en sus hombres, sino en sus adversarios, habrían de recaer forzosamente. Acaso diga que las teme, porque recayendo en altas autoridades, no pueden menos de redundar en desdoro de España; mas ni una nación se mancilla por las infamias de los que un día la rigieron, ni son el silencio y la impunidad medios de evitar el desdoro.

Los tormentos de Montjuich, ¿en qué nación han dejado ya de ser públicos? De un extremo al otro de

Europa y América son aun hoy objeto de los más acres comentarios. La única manera de salvar la honra de la nación, sería que el Gobierno se encargara en serio de hacer perseguir y castigar rudamente á los atormentadores. Veríase entonces que no eran ni la nación ni la monarquía los capaces de reavivar las hogueras del Santo Oficio, sino ciertos y determinados hombres á quienes España aborrece y odia.

LANZADAS

¡Estamos de enhorabuena!

El Gobierno ha obtenido un gran triunfo en las pasadas elecciones.

¡Loor á Capdepón!

¡Y ahora que nos vengan con nuevas reclamaciones los Estados Unidos!

—¿Va usted á confesar, amigo?

—Me confieso cada mes.

—¡Y quién dirá que usted es

acaparador de trigo!

—¿Pero se admira usted de eso?

—¿No es pecado?

—Sí, señor,

y como soy pecador

con frecuencia me confieso.

A siete millones de pesetas calcula un colega que asciende lo gastado en Vizcaya en la pasada contienda electoral.

¡Siete millones!

¡No podemos creerlo!

¡Si no valen tanto todas las Cortes juntas.

Por comer bacalao,

está como un fideó Estanislao;

y por comer judías,

un florete parece don Matías.

Por eso don Simón

dice que lo que engorda es el turrón.

Por ser á su partido consecuente,

se encuentra en la miseria don Clemente;

y por ser don Basilio un pastelero,

no sabe ya qué hacer con el dinero.

Y si de esto, lector, no estás al cabo,

ata la consecuencia por el rabo.

Las pasadas elecciones, si hemos de creer á los ministeriales, han sido un modelo, «en su clase», de legalidad y... etcétera.

Si... no lo dudamos.

¡Y si no, que lo digan los muertos de Bilbao y de Bergal

Asesinados con toda legalidad y... etcétera.

El almirante norteamericano Sicard ha declarado que si él fuese jefe del apostadero de la Habana, depositaría minas submarinas en las aguas de aquel puerto.

Ahora comprendemos por qué esos cerdos nos hacen responsables de la voladura del Maine.

Cree el ladrón que todos son de su condición.

Hoy el cielo y la tierra me sonrén,

hoy baja al fondo de mi alma el sol,

Cabriñana «ha salido» diputado.

¡Hoy creo en Capdepón!

Siguen las impresiones optimistas.

Según la prensa ministerial, Mac-Kinley es todo un caballero, y de Woodford no hablemos.

De modo que podemos tranquilizarnos.

¡Porque siempre es un consuelo dejarse robar por personas decentes!

La función patriótica del Teatro Real ha resultado brillantísima; al decir de los cronistas.

¡Qué popas y que proas se veían en el teatro!

Así es que comprendenos que la gente gritara:

—¡Viva la marinal

Los indígenas del Estado libre del Congo han cogido á un joven belga, lo han matado y se lo han comido. Sólo han respetado la cabeza de la víctima.

Pues si hubiera sido de un yankee se la comen también.

Porque de los yankees todo se aprovecha.

¡Hasta las pezuñas!

Libros:

Se han publicado los cuadernos números 1 y 2 de *Láminas sueltas*, hermosa colección de fotografías, hechas por la casa Lokner.

Los dos cuadernos publicados son una preciosidad y acreditan al Sr. Lokner, como verdadero artista.

Precio de cada cuaderno: 75 céntimos.

¡Casi regalados!

UN JURADO

I

«¡A ver!... Pronto... Joaquina... El almuerzo... ¿Que no está?... ¿Que espere?... ¿Que aún no ha venido Juanito de los exámenes? Pues no puedo esperar... ¿Has olvidado que dentro de media hora tengo que estar en la Audiencia?... ¡Que soy jurado!... ¡Qué cabecita de chorlito!... Bueno... almorzaré solo... Que me preparen cualquier cosa... Diselo á la cocinera... De prisita, ¿eh?...

«Sí... tienes razón... He sido un tonto no excusándome como otros hacen... Basta un poquillo de influencia para librarse de esta carga... Me servirá de escarmiento... A otra les aguardo...

«Y en peor día no podía ser... Tengo que marcharme sin saber el resultado del examen del chico... Además hoy tenía que ir á la Bolsa... Si continúa la baja que se inició ayer, me parten... Va á ser preciso emigrar de este dichoso país, Joaquinita... Todo se hunde... El papel por los suelos... El crédito averiado... La industria, no se diga... ¡Es atroz lo que aquí pasa!... Claro... No hay Gobierno... Ahí, ahí está la llaga... ¡Y que no se cura!... Mientras los que están al frente de los destinos públicos no cumplan con su deber!... ¡Pero qué han de cumplir con él... Bajan unos malos, suben otros peores... Y el pueblo... la clase media, los que no son danzantes en la política, que se fastidien!... ¡que se arruinen!... Hay poca conciencia, hija mía, poca conciencia...

«Mira, no te incomodes, pero estos huevos apestan á aceite crudo... claro... con estas prisas... sí... sí... Ya sé yo que tengo la culpa... Que debí hacer lo que otros, y no dejar que me metieran en libros de caballería... Porque aquí, en confianza... ¿qué tengo yo que ver con que un «caballerito» le haya pegado á otro un tiro, por si éste le debía ó no le debía, y le pagaba ó le dejaba de pagar? Para resolver esas cuestiones están los jueces y magistrados, que por eso cobran... en fin... ¡Por esta vez pásel... Trae el café... ¡Magnífica agua de castañas!... ¡No... no te enfades!... ¡si no me quejo! ¡Eal... ¡adiós, nena!... ¿Quedas de mal humor, verdad?... No le llevo yo mejor... ¡Hermosa tarde se me prepara! Con esto, y con que la Bolsa baje aún más... y con que Juanito venga cargado de calabazas... En fin... paciencia y hasta luego.

II

«Si no he entendido mal, la declaración del testigo que acaba de marcharse perjudica extraordinariamente al procesado.

«Ni había tal deuda, ni el muerto le ofendió de palabra, ni le amena... Me parece que ha dicho eso... Pero no estoy seguro... ¡Tiene uno tantas cosas en la cabeza!... ¡Dios mío, qué pesadez! ¡Un testigo... y otro... y otro! ¡Se pierde la cuenta!... ¡Y qué atmosférica!... ¡Se asfixia el hombre de pulmones más recios!

«Y á todo esto... ¿cómo habrá quedado la Bolsa?... ¿Habrá salido Juanito bien de su examen?... Yo creo que sí... ¡El muchacho es listo!... ¡Qué disgusto si le han suspendido!... ¡Cualquiera aguanta entonces el mal humor de Joaquina!... Es muy honrada, muy amante de su esposo y de sus hijos... ¡pero tiene un genio!... Por supuesto, á veces no le falta razón... Hoy por ejemplo.

«¿Qué dice este hombre? Vamos... Vamos... ¡lo contrario que el otro!... Pues señor, ¡me armo un lío!... Prestemos un poco de atención... Esto resulta algo obscuro... Para aclararlo, se me ocurren algunas preguntillas, que yo haría al testigo, si no fuera por el temor de ponerme en «evidencia». Porque, ¿y si resulta que yo no tengo el derecho de hacer preguntas? Además... Estoy seguro de que en cuanto empezara á hablar me «cortaba...» ¡Se iban á reír!... ¡Y cuando Joaquina supiera que yo había metido mi cucharada en lo que no me importa, y que se habían reído de mí... Hombre, Me parece que el reo está llorando!... ¡Pobre! ¡Vamos... da una lástima!...

III

«Bueno... Hay que contestar «sí» ó «no»... Pues no sé... ¿Qué voto?... No me he enterado bien... ¿Es este hombre culpable?... ¡Cualquiera lo averigua!... En fin... Hay que decir algo... ¡Eal... ¡pues «no»! Así me evito remordimientos de conciencia... Eso de mandar á la horca á un hombre es duro... muy duro... No quiero tener malos sueños... ¡Voto que «no»!

IV

«Sí, mujer... Alégrate... La Bolsa se mantuvo firme. Al salir de la Audiencia me dieron la noticia... ¡Hola, Juanito!... ¿Qué tal?... ¡Válgate Dios!... ¡Conque suspensas?... ¡qué disgusto! Pero... ¿cómo fué?... ¿Qué te preguntaron?... ¿Concepto filosófico del Jurado?... ¿Deberes de los ciudadanos que lo componen?... Vaya por Dios... ¡La verdad es que hacen unas preguntas tan enrevesadas á estos muchachos!...

LUIS DE ANSORENA.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.